



LIBER NATURAE
ATALANTA

I 42



JEREMY NAYDLER

LA LUCHA POR
EL FUTURO HUMANO

5G, REALIDAD AUMENTADA
Y EL INTERNET DE LAS COSAS

TRADUCCIÓN
ANTONIO RIVAS



ATALANTA

2021

En cubierta: *Phaeton* (detalle),
Hendrick Goltzius, 1588, The British Museum,
Londres, y fondo tecnológico, Freepik.com
En guardas: *La seducción de la pantalla*,
autor desconocido

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Todos los derechos reservados

Título original: *The Struggle for a Human Future: 5G, Augmented Reality and the Internet of Things*

© Jeremy Naydler 2020

© De la traducción: Antonio Rivas

© EDICIONES ATALANTA, S. L.

Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España

Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34

atalantaweb.com

ISBN: 978-84-122130-4-1

Depósito Legal: GI 83-2021

Índice

Introducción	11
Capítulo 1	
La tecnología y el alma	25
Capítulo 2	
La búsqueda de la perla	55
Capítulo 3	
El advenimiento del ordenador corporal	83
Capítulo 4	
5G: el ataque múltiple	111
Capítulo 5	
Traer la luz al mundo: nuestra más profunda vocación humana	141
Notas	167
Bibliografía	189
Fuentes	209
Índice onomástico	213

La lucha por el futuro humano

Introducción

Recordar la totalidad de lo que somos

La revolución digital se las arregla para ir siempre por delante de los analistas. Mientras sigue adoptando formas innovadoras y nos deslumbra con dispositivos que ofrecen nuevas y cada vez mayores capacidades, descubrimos que cualquier tecnología de moda no tardará en ser sobrepasada por otra más poderosa e incluso más seductora. El carácter proteico de la revolución digital es parte de su naturaleza, pero bajo las cambiantes formas exteriores fluyen corrientes más profundas y constantes. Estas corrientes son las auténticas fuerzas impulsoras de la revolución digital, ocultas tras el último reloj inteligente, casco de realidad virtual o asistente digital.

Los cinco ensayos reunidos en este volumen tratan especialmente de la naturaleza de estas fuerzas impulsoras ocultas que subyacen al desarrollo de la revolución digital. La fase más reciente de esta revolución involucra (entre otras cosas) el despliegue del 5G, el establecimiento del internet de las

cosas, la creación de un «planeta inteligente» y el uso creciente de tecnologías de realidad aumentada (AR) y realidad virtual (VR).^{*} Sin embargo, estos desarrollos son sintomáticos de un proceso más profundo al que deberíamos prestar atención. Cada nueva innovación o mejora tecnológica promete numerosos beneficios, pero éstos conllevan un alto precio que deben pagar tanto el alma humana como el entorno natural en el que vivimos.

En la tradición de la sabiduría occidental hay un tema recurrente: el autoolvido de la humanidad. Lo encontramos, por ejemplo, en Platón, en el *Corpus Hermeticum*, en el *Consuelo de la filosofía* de Boecio y en textos gnósticos como el *Himno de la perla*, que abordaremos en el capítulo 2. Este autoolvido concierne a nuestros orígenes espirituales y a la fuente trascendente de la naturaleza humana. La persona con la que normalmente nos identificamos no es la totalidad de lo que somos. Esta totalidad incluye un núcleo espiritual del que en su mayor parte no somos conscientes, pero que aun así es el cimiento de nuestro ser; en nuestra relación con él radica el secreto de la auténtica felicidad.

Las tradiciones de la sabiduría occidental y oriental se han afanado en infundir la consciencia de este núcleo espiritual, con vistas a contrarrestar la tendencia de los seres humanos de todas las épocas culturales a olvidar e ignorar sus orígenes espirituales. Diferimos de las culturas del pasado en que no sólo sufrimos el olvido que es parte de la condición humana, sino que además prestamos muy poca atención a las tradiciones de la sabiduría que aspiran a que recordemos. En lugar de ello, todo el impulso de la cultura

* Indicamos las siglas más comunes (correspondientes por lo general a la denominación anglosajona) de los conceptos tecnológicos manejados por el autor. (*N. del T.*)

contemporánea se dirige a la distracción, la fragmentación y la dispersión de la consciencia. La revolución digital ha llevado esta tendencia al extremo, hasta el punto de que, si nuestro propósito era diseñar deliberadamente tecnologías para inducir la distracción y el autoolvido del que las tradiciones espirituales siempre se han esforzado en protegernos, difícilmente podríamos haberlo hecho mejor. A su vez, muchos hemos pasado por alto lo corrosivos que son estos desarrollos para la esencial tarea humana de recordar la totalidad de lo que somos.

Pero además de inducir distracción y autoolvido, nuestras tecnologías son el vehículo de algo más, potencialmente mucho más perjudicial para nuestro bienestar.

Lo inhumano

Cerca del final de su vida, el pensador posmoderno Jean-François Lyotard planteó una pregunta acuciante en los tiempos que vivimos. Acecha bajo la superficie de nuestra consciencia y para la mayoría de nosotros permanece inarticulada, de ahí que resulte tan amenazadora. Lyotard fue lo bastante sensible para comprender su profunda importancia y, por tanto, la necesidad de elevarla a un nivel consciente. La pregunta que planteó es la siguiente:

¿Y si lo «propio» del hombre fuera estar habitado por lo inhumano?¹

Por lo «inhumano» debemos entender aquello que es esencialmente hostil a lo humano. Lyotard distinguía dos clases. Una es la inhumanidad de nuestros sistemas sociales, políticos y económicos. La otra, la inhumanidad «infinita-

mente secreta» que invade el alma y la mantiene como rehén.² Esta última clase de inhumanidad es la más insidiosa y la que, conforme nuestra relación con los dispositivos digitales se vuelve más íntima, entraña el mayor peligro, pues son las tecnologías las que nos traen lo inhumano. Mientras que somos capaces de tomar distancia y criticar la inhumanidad de los sistemas sociales, políticos y económicos en los que vivimos, nuestra susceptibilidad personal a la entrada de lo inhumano nos pone en una situación muy peligrosa. Esta susceptibilidad ha sido explotada por el rumbo que han tomado las tecnologías digitales, que avanzan sin vacilación hasta acomodarse dentro de la esfera de lo humano. Según evolucionan se adaptan al cuerpo humano y también al alma humana, tornándose físicamente más pequeñas y ligeras y, al mismo tiempo, más poderosas y capaces.

Los primeros ordenadores eran tan grandes que para manejarlos había que estar de pie o moverse a su alrededor. Con la invención de los ordenadores de sobremesa pudimos sentarnos y relacionarnos con ellos cara a cara, por decirlo así. Después fue posible guardárselos en el bolsillo y ahora, gracias a los relojes y a las gafas inteligentes, llevarlos acoplados al cuerpo. En cada una de estas etapas, la interfaz se ha vuelto cada vez más «amable para los humanos», al tiempo que nos hemos ajustado interiormente para relacionarnos con ellos día a día, hora a hora e incluso minuto a minuto. De este modo, el ordenador se ha ido adaptando a los contornos del cuerpo y el alma, mientras nuestra vida interior ha adquirido, lenta pero indudablemente, un mayor grado de compatibilidad con el ordenador; ello ha afectado a nuestro lenguaje, a nuestros procesos de pensamiento y a nuestros hábitos. En esta simbiosis evolutiva, en la que estamos cada vez más entrelazados con el ordenador, también nos hemos vuelto más dependientes de él. La integración

biológica no está lejos. Es el siguiente paso lógico. Por tanto, reviste la mayor importancia que abramos bien los ojos al hecho de que, aun teniendo presente que los humanos son los inventores y fabricantes de las tecnologías digitales, así como sus ávidos consumidores, la fuerza impulsora que subyace a la revolución digital no es simplemente humana: lo «inhumano» también intenta realizarse dentro de lo humano.

Pero ¿cómo caracterizar este espectro de lo inhumano? Los seres humanos siempre han tendido a alejarse de su naturaleza esencial. Para la humanidad preindustrial, el peligro se concebía como un descenso al nivel animal o bestial, por estar cautivos de nuestros impulsos y pasiones instintivas inalteradas. Podríamos decir que consistía en caer por debajo del nivel humano: caer en lo subhumano. En nuestra era industrial y postindustrial, el mayor peligro que corre la humanidad es el de sucumbir no tanto a los instintos y a las pasiones como a la fría inhumanidad de la máquina y a la insensibilidad y carencia de compasión del algoritmo. Es decir, caer en lo inhumano. Ambas tendencias habitan en nuestro interior y trabajan para socavar la posibilidad de que alcancemos nuestro auténtico potencial humano, pero actualmente la principal amenaza ante la cual debemos mantenernos en guardia es la caída en lo inhumano. Su objetivo es suplantar lo humano, y sin duda tendrá éxito si no logramos afirmar en nosotros lo auténticamente humano. Debemos abrir bien los ojos a la perspectiva de la colonización de lo humano por lo inhumano y, a sabiendas de la grave amenaza que representa lo inhumano, afrontar conscientemente el desafío de vivir humanamente.

Vivir humanamente

¿Qué significa vivir humanamente? Si la totalidad de lo que somos incluye un núcleo espiritual del que en su mayor parte no somos conscientes, entonces vivir humanamente ha de ser vivir con una mayor consciencia de dicho núcleo. Debemos reforzar nuestro sentimiento de que este núcleo espiritual es nuestro más profundo y auténtico yo y, por tanto, la parte de nosotros con la que debemos aspirar a identificarnos. Lo cual exige que emprendamos la ardua tarea de transformarnos interiormente hasta que tales deseos, inclinaciones y arraigados hábitos de pensamiento, que nos arrastran alejándonos de ese recuerdo esencial, cambien poco a poco y se alineen interiormente con lo que las tradiciones de la sabiduría nos dicen que es el auténtico centro de nuestro ser. Este esfuerzo moral de volvernos hacia el núcleo espiritual de lo que somos y arraigarnos en él implica un viraje en la cualidad de nuestro pensamiento: pasar de la dependencia del pensamiento discursivo, orientado al resultado y que salta de un pensamiento a otro, a la revalorización de la quietud y la receptividad del acto de contemplar. Boecio ofrece la hermosa imagen de los buscadores de la verdad que han de curvar su errante consciencia en un círculo y enseñar a sus almas a «alojarse en la casa del tesoro» que se halla en el centro. Allí encontrarán una luz, más intensa incluso que la luz solar, que iluminará sus mentes desde el interior.³

Este «giro contemplativo» se ha considerado siempre el fundamento de la vida espiritual, pero hoy cobra especial importancia para nosotros. Nuestras tecnologías se basan en la automatización del análisis lógico, el cálculo y la resolución de problemas, son fundamentalmente discursivas y están orientadas al resultado, es decir, son hiperactivas y

siempre tienen como objetivo producir ciertos resultados. En contraste, el acto de contemplar conduce a la mente a un punto inmóvil: no está orientado al resultado, no permite su automatización y sólo puede emprenderse como un fin en sí mismo. Nos capacita para ver el significado profundo de las cosas, algo sobre lo que el pensamiento mecánico no sabe nada. Estas visiones bien pueden surgir del mundo imaginal como poderosas imágenes arquetípicas, pues el pensamiento contemplativo linda con la visión imaginativa. Pero del mismo modo pueden adquirir la forma de ideas o intuiciones que, como rayos de luz, iluminen una cuestión o una situación vital de manera más completa. A menudo se describe la contemplación como la apertura del ojo interior del alma. A éste se lo denomina el «ojo de la mente» o el «ojo del corazón», y a través de él cobramos consciencia de lo que es invisible al ojo físico.⁴ Esta fuente interior de conocimiento, que no está condicionada por los hábitos de pensamiento ni por la opinión, también se puede traducir como la apertura del «oído interior» del alma a la voz de la consciencia. Nos puede guiar hacia un sentimiento de certidumbre moral sobre lo que deberíamos o no deberíamos hacer, así como hacia los ideales que pueden inspirar nuestros actos.

Aristóteles sostenía que un acto sólo es completamente nuestro cuando hemos «llevado el origen del acto» a esta parte contemplativa de nosotros, conocida como el *nous* o «centro de la inteligencia espiritual» dentro de una persona.⁵ Una vez que se ha llevado hasta esta fuente, el acto es entonces enteramente libre porque se ha elegido desde nuestro centro y no desde nuestra periferia. En la tradición de la sabiduría occidental, el rasgo distintivo de cualquier acto verdaderamente humano es su carácter libre, precisamente porque brota de su fuente originaria. En Aristóteles, Tomás de Aquino y Rudolf Steiner vemos que se reitera

este dogma vital: el de no poder concebir de manera adecuada lo que significa vivir humanamente si excluimos la libertad. La libertad pertenece a la esencia de la naturaleza humana.⁶ Esto no quiere decir que vivamos necesariamente de nuestra esencia cada momento del día. Ni mucho menos. El problema es que nuestras tecnologías digitales, por su tendencia a dispersar el alma, no nos ayudan a vivir así. Más bien introducen una corriente oscura contra la que en todo momento debemos luchar si queremos conducir el origen de nuestros actos a nuestro propio centro.

Este movimiento de vuelta al centro es la premisa de la auténtica libertad. No se nos ofrece en bandeja: hay que ganársela. Para ser libres, debemos emprender la tarea de transformación interna que hemos mencionado antes, la cual implica permear el yo cotidiano y sus fantasías, obsesiones y deseos con los objetivos claramente concebidos que brotan de la fuente más profunda de lo que somos. En el misticismo cristiano, esta tarea interna se denomina *theosis* o «hacer divino».⁷ Para describirla, Dante acuñó el término «transhumanizar» (*trasumanare*).⁸ El verbo «transhumanizar» expresa bien que nuestra principal lucha humana debe ser superarnos a nosotros mismos, ir más allá de la vida «meramente humana» que vivimos en la periferia de lo que somos. Es un signo de nuestros tiempos que el «transhumanismo» actual sea una ideología materialista que pretende «mejorar» tecnológicamente al ser humano. Los transhumanistas contemporáneos no entienden que sólo se puede ir más allá de lo meramente humano afirmándonos en lo trascendente, y que ello exige un trabajo anímico entregado que se sustente en la disciplina espiritual de regresar al punto inmóvil en el centro del círculo.

Tratándose de una de las ideologías más influyentes que dirigen la revolución digital, el movimiento transhumanista

contemporáneo nos muestra el precio que la revolución digital amenaza imponernos. Este precio es perder nuestra capacidad de entender el sentido y propósito de la vida espiritual, perder incluso nuestra capacidad de comprender el lenguaje que emplean las tradiciones de la sabiduría. Y, en última instancia, perder nuestra humanidad mientras, alienados por la amnesia colectiva en lo tocante al significado de hacer realidad nuestro potencial humano más profundo, sucumbimos a lo inhumano.

La interioridad de la naturaleza

La revolución digital también impone un alto precio a la naturaleza al inundar el entorno natural con una compleja mezcla de campos electromagnéticos generados artificialmente. Como resultado, no sólo los seres humanos sino todos los organismos vivos están expuestos a niveles de radiación electromagnética que sobrepasan con creces los niveles naturales.⁹ Sería imprudente suponer que esto no tiene ningún efecto adverso en la salud de los organismos vivos y del ecosistema al que pertenecen. Un número cada vez mayor de estudios pone de manifiesto que muchos organismos son extremadamente sensibles a los campos electromagnéticos y que aumentar su exposición a éstos puede tener efectos negativos evidentes.¹⁰ Así pues, parece como mínimo apropiado ampliar a la naturaleza la cuestión planteada originalmente por Lyotard:

¿Y si lo «propio» de la naturaleza fuera estar habitada por lo que es hostil a ella? ¿Y si en el mundo viviente se infiltrara una fuerza contraria a la vida?

Liber naturae

«Un brillante y profundo análisis de la prehistoria del ordenador en relación con la evolución de la consciencia [...] que nos recuerda que nuestra esencia trasciende lo material.»

David Lorimer

«Un maravilloso y erudito relato sobre la historia de la consciencia. El alcance y profundidad de su investigación es amplia [...] y ofrece nuevas perspectivas.»

Richard Gault

Con rapidez inusitada, las nuevas tecnologías están transformando sustancialmente nuestros hábitos. La relación de los seres humanos con las máquinas es cada vez más íntima y dependiente, y la Tierra, un planeta cada vez más cibernético. La implantación del sofisticado sistema de redes inalámbricas de quinta generación (5G), mucho más veloces, pretende ofrecernos un omnipresente internet de las cosas y la integración de la realidad virtual en nuestras vidas, pero entraña una considerable radiación electromagnética invisible en toda la naturaleza viviente. Este desafío sin precedentes para la vida humana y natural se está desarrollando sin ningún tipo de consciencia moral ni espiritual, con el único fin de obtener beneficios y dominar el mundo. Tras analizar pormenorizadamente este inquietante contexto, Jeremy Naydler concluye que sólo reafirmando los valores esenciales de lo humano y de la naturaleza, como esencia de la vida, podremos hacer frente a un futuro cada vez más incierto.

Filósofo, historiador de la cultura y especialista en jardines, Jeremy Naydler ha editado *Goethe y la ciencia* (Siruela, 1996) y ha escrito *El templo del cosmos* (Atalanta, 2019), *Shamanic Wisdom in the Pyramid Texts* (2005), *The Future of the Ancient World* (2009), *Gardening as a Sacred Art* (2011) e *In the Shadow of the Machine* (2018).

